

UNA VIDA REFORMADA



¿OISTE BIEN?

Lección #4

Practica lo que oyes

Practica lo que oyes

SEAMOS HACEDORES, NO SOLO OIDORES

Si escuchas la palabra correctamente,
más vale que practiques lo que escuchas...
Solo haber escuchado no tendrá mérito en el día del juicio.
No podrás simplemente decir: "Señor, escuché muchos sermones" –
Dios dirá: "¿Qué frutos de obediencia has producido?"
La palabra predicada no es solo para informarte, sino para reformarte.
Si escuchas la palabra y no eres transformado por ella,
el haber sido sólo oidor agravará tu condenación
...Nos compadecemos de los que no pueden escuchar,
mas será peor con quienes no se preocupen por cómo escuchan.
Para los oyentes desobedientes y sin devoción, cada sermón será un leño
más para el fuego del infierno. Es triste ir cargado de sermones al infierno.
Oh, ruega al Espíritu que haga eficaz la palabra predicada.
Los ministros sólo pueden hablar al oído, pero el Espíritu habla al corazón.
Thomas Watson - Los diez mandamientos

Mis queridos hermanos, pongan atención: Todos ustedes deben estar
listos para escuchar, pero deben ser lentos para hablar
y para enojarse. Porque el enojo no deja a la gente vivir con justicia
como Dios quiere. Por eso, despójense de toda suciedad y de la maldad
que tanto abunda. De esa manera podrán recibir con humildad
la palabra sembrada en ustedes. Esta palabra tiene poder para salvarles
la vida. Pongan en práctica la palabra y no se limiten a sólo escucharla
pues de otra manera se engañan ustedes mismos.
El que escucha la palabra pero no la pone en práctica es como el que mira
su cara en un espejo y, en cuanto se va, se olvida de cómo era.
Pero el que pone su atención en la ley perfecta que da libertad,
y sigue en ella sin olvidar lo que ha oído y hace lo que ella dice,
será dichoso en lo que hace.

Santiago 1:19-25 NBV

*Esta es una traducción del libro "Expository Listening" de Ken Ramey /2010
Por Samuel Hernández Clemente*

La mayoría de los oyentes son culpables de escuchar a los predicadores de la misma manera que el pueblo de Israel escuchó al profeta Ezequiel. En Ezequiel 33:30-32, Dios le dijo a Ezequiel:

»Hijo de hombre, los de tu pueblo hablan de ti en sus casas y murmuran acerca de ti junto a las puertas. Se dicen unos a otros: “¡Vayamos a oír lo que el profeta tiene para contarnos de parte del SEÑOR!”. Entonces ellos se acercan fingiendo sinceridad y se sientan delante de ti. Escuchan tus palabras, pero no tienen ninguna intención de hacer lo que tú les dices. Tienen la boca llena de palabras sensuales y en su corazón solo buscan dinero. Les resultas muy entretenido, como alguien que les canta canciones de amor con una hermosa voz o les toca buena música con un instrumento. ¡Oyen lo que les dices, pero se niegan a hacerlo! [NTV]

Aparentemente, Ezequiel era un orador muy elocuente, tal vez no muy diferente de tu predicador de radio favorito. Los israelitas acudían en masa para escucharlo predicar solo porque les gustaba escucharlo, pero no estaban dispuestos a hacer lo que el profeta les decía. Les intrigaron sus sermones, pero nunca obedecieron ni uno solo. Sólo querían divertirse y no tenían la intención de poner en práctica lo que oían. Herodes y los atenienses eran culpables de lo mismo (Marcos 6:21; Hechos 17:21).

Es posible que algunos de ustedes nunca se pierdan un sermón, pero no ponen en práctica mucho de lo que escuchan en su vida. Como podría haber dicho su madre, "simplemente entra por un oído y sale el otro.

Estoy seguro de que estás familiarizado con la expresión "practica lo que predicas". Los que están sentados en las bancas esperan que quien se para detrás del púlpito viva lo que dice.

No hay nada más hipócrita y deshonoroso ante Dios que el hecho de que un predicador no practique lo que le dice a su congregación que debe hacer. Pero es igualmente hipócrita y deshonoroso para Dios cuando una congregación no hace lo que el predicador les dice que hagan. Como predicador, me doy cuenta de que la gente tiene todo el derecho a esperar que yo practique lo que predico. Pero como oyente, debes darte cuenta de que un predicador tiene todo el derecho a esperar que practiques lo que se te predica, es decir, que practiques lo que escuchas.

Si bien muchos en la iglesia de hoy carecen de discernimiento y escuchan una mala predicación que les perjudica en lugar de ayudarlos, tal vez son muchos más los que escuchan una buena predicación que les resultaría benéfica si tan sólo la llevaran a la práctica. Semana a semana, muy buenos sermones viajan por el aire sin llegar a penetrar en sus mentes, sin lograr traspasar sus corazones y transformarles.

Son demasiados los congregantes que experimentan muy poco crecimiento y cambio en sus vidas. ¿Por qué? Es porque imaginan que escuchar un sermón es algo pasivo. Según Joel Beeke, *"Escuchar de verdad significa aplicar la Palabra de Dios. Si no practicas la Palabra de Dios después de haberla escuchado, no has escuchado verdaderamente el mensaje de Dios"*. ¡Hay oyentes que no escuchan y que se han entrenado para ser impermeables a los mandamientos de Dios! Y aún peor, no son conscientes de la gravedad de su condición. El gran evangelista D. L. Moody solía decir: *"La Biblia no fue dada para aumentar nuestro conocimiento, sino para cambiar nuestras vidas"*. En otras palabras, la predicación es simplemente un medio para lograr un fin. El objetivo de predicar la Palabra de Dios es transformar la vida de las personas cambiándoles y haciéndoles más semejantes a Jesucristo. Muchos de estos "no oyentes" incluso son condenados por las Escrituras mismas, pero no se han tomado el tiempo para pensar en las formas específicas en que sus vidas deben cambiar como resultado de lo que han leído o escuchado.

Al respecto, Jay Adams escribe lo siguiente:

Esperan que el predicador haga todo el trabajo por ellos. Esperan que aplique el pasaje específicamente a situaciones exactas, respondiendo todas las preguntas posibles y sugiriendo diversas aplicaciones que les corresponde hacer precisamente a los oyentes. En otras palabras, esperan que el predicador haga todo el trabajo. Egoístamente, olvidan que hay otras personas en la congregación y que el predicador no puede pensar únicamente en sus circunstancias particulares ... Tal pareciera que esperar que [los oyentes] apliquen los principios expuestos a los detalles de sus vidas fuera pedir demasiado.

Escuchar es un trabajo duro porque la **aplicación** es algo inherente al oír. Tienes que conectar la información con tu vida, para hacer que funcione lo que escuchas. Una vez que escuches un sermón, la pelota estará en tu cancha. No aplicar un sermón no es solo escuchar con pereza; es pecado. Como Santiago dijo: ***"Al que sabe hacer lo correcto y no lo hace, le es pecado"*** (Santiago 4:17).

ABIERTOS A LA PALABRA

Santiago era el líder de la iglesia en Jerusalén. Estaba escribiendo a los cristianos judíos que se habían visto obligados a abandonar sus hogares y sus iglesias en Jerusalén debido a la persecución. Ahora estaban esparcidos por todo Asia y estaban experimentando todo tipo de dificultades. Aparentemente, Santiago se había enterado de que algunos de ellos no estaban viviendo lo que decían que creían. Santiago les advirtió que si lo que decían que creían no hacía ninguna diferencia en la manera en que vivían, entonces no tenían más que una "fe muerta", es decir, una fe que no es más que una profesión verbal o un asentimiento intelectual a los hechos acerca de Jesús pero que no tiene poder para salvar. Con esta preocupación en mente, Santiago los desafió a examinar sus vidas para asegurarse de que tuvieran una verdadera fe salvadora.

Para ayudarlos a hacer esto, les dio una serie de pruebas prácticas para determinar la autenticidad de su fe. La primera prueba que les dio fue su respuesta a las pruebas y tentaciones (Santiago 1:2-18). En los versículos iniciales de su carta, Santiago explicó cómo un verdadero cristiano responde a las pruebas y tentaciones. La segunda prueba que les dio fue su respuesta a la Palabra de Dios (vv.25). En estos versículos, Santiago explica cómo un verdadero cristiano responde a la Palabra de Dios. Si desea experimentar un avance en tu vida y en la forma en que escuchas la palabra de Dios, es fundamental comprender y aplicar este pasaje.

Primero, Santiago describe el corazón receptivo: el suelo apropiado para la semilla de la Palabra.

Sé enseñable (vv.19-20).

Santiago comenzó dando tres órdenes rápidas: "***Sé rápido para oír, lento para hablar y lento para la ira***". Estos mandatos parecen ser tres excelentes consejos. Pero el contexto nos dice que no son sólo mandatos generales. Se aplican específicamente a cómo debemos responder a la Palabra de Dios. En el versículo que viene inmediatamente antes de estos, Santiago explicó cómo somos regenerados "por la palabra de verdad" (v.18). Inmediatamente después de estos comandos, Santiago exhortó lectores a "***recibir la palabra implantada***" y a "***ser hacedores de la palabra***" (vv.21-22). Por lo tanto, cuando se trata de escuchar y recibir la Palabra de Dios, debe ser rápido para oír, lento para hablar y lento para la ira. Cada uno de estos tres mandatos, encierra el significado de ser dócil para la enseñanza.

Ser "***pronto para oír***" implica que eres capaz de escuchar la Palabra de Dios. Eres un oyente atento y cuidadoso (Mateo 13:9; Lucas 8:18; Apocalipsis 2:7). Alguien ha dicho correctamente: "Dios nos dio dos oídos y una boca para recordarnos que debemos escuchar el doble de lo que hablamos". En el momento en que Santiago escribió esta carta, los cristianos no tenían su propia copia personal de las Escrituras. Dependían de escuchar lo leído y explicado en los servicios públicos.

Por lo tanto, era imperativo para ellos prestar mucha atención cuando se exponían las Escrituras del Antiguo Testamento o cuando un apóstol predicaba acerca de Cristo.

Ser "*tardo para hablar*" significa no hablar rápido o precipitadamente. No se apresure a compartir sus propias creencias y opiniones (Santiago 3:1). Dios te hará responsable el día del juicio por cada palabra descuidada que salga de tu boca (Mat.12:36). Por eso es prudente ser una persona de pocas palabras (Pr. 10:19: 17:28). Eclesiastés 5:1-2 dice: "Cuando entres en la casa de Dios, ten abiertos los oídos y cerrada la boca. No seas como el necio que ni siquiera reconoce que es pecado hacerle a Dios promesas temerarias, pues él está en el cielo y tú aquí abajo en la tierra; sean, pues, pocas tus palabras" [NBV] - En la época de Santiago, los servicios religiosos estaban mucho menos estructurados. La gente tenía la libertad de interrumpir al predicador cuando quisieran estar en desacuerdo o discutir con él. Santiago exhortaba a sus lectores a que no se apresuraran a debatir con el predicador. Después de todo, si el predicador está haciendo bien su trabajo y simplemente explica la Palabra de Dios y no sus propias ideas y opiniones, entonces no estás debatiendo con el predicador, sino con Dios. Santiago les estaba advirtiendo que no discutieran con la Palabra de Dios.

Homer Kent comentó: "Cuando la cautela para escuchar y prestar atención a la Palabra de Dios se reemplaza por la ambición de exponer las propias ideas, pronto se pueden desarrollar amargas discusiones ...aquellos que se jactan de que tienen razón deben ser precavidos, pues tienden a discutir con ira" - Ser "*tardo para la ira*" significa evitar que una actitud profundamente arraigada de hostilidad o sentimiento de amargura y resentimiento se acumule en su interior con respecto a la Palabra de Dios. Esta frase se refiere a "una disposición hostil a la verdad bíblica cuando no concuerda con la opinión personal; manifestada contra los que enseñan fielmente la Palabra".

La gente tiende a enojarse con la Palabra de Dios cuando confronta su pecado o entra en conflicto con una creencia personal o un patrón de comportamiento arraigado.

Por lo general, su enojo se dirige hacia quien se lo predicó. El rey Acab odió al profeta Micaías porque nunca profetizó algo bueno acerca de él. Aunque sabía que todos los demás le estaban diciendo al rey lo que él quería oír, Micaías dijo: "Vive el SEÑOR, lo que el SEÑOR me diga, lo hablaré" (1 Reyes 22:14). Cuando Micaías le dijo al rey que moriría en la batalla que se avecinaba, Acab enojado hizo que lo metieran en la cárcel hasta que regresara de la batalla – pero Acab no regresó con vida.

Así mismo, cuando Jesús reprendió a la gente en su ciudad natal por no reconocerlo como el Mesías – ellos "...se pusieron furiosos, se levantaron y lo echaron fuera del pueblo. Lo llevaron a lo alto de la colina sobre la que estaba construido el pueblo, para arrojarlo desde allí" (Lucas 4:28-29 NBV). Igualmente, los judíos estaban resentidos con Esteban, debido a que su sermón expuso su pecado, por lo que lo echaron de la ciudad y lo apedrearon hasta la muerte (Hech.7:51-58).

Incluso los creyentes, a veces, pueden airarse contra la Palabra de Dios y el predicador que la expone. Con un tono sarcástico, Pablo preguntó a los creyentes en Galacia; "Entonces, ¿me he convertido en su enemigo al decirles la verdad?" (Gálatas 4:16).

Santiago estaba tratando de calmar el resentimiento y la hostilidad residuales que plagaban a los creyentes a quienes les escribió esta carta. Les dijo que la razón por la que deberían ser lentos para la ira es porque el enojo humano, a diferencia de la justa indignación que está dirigida hacia el pecado, la injusticia o la herejía, está en contraposición a lo que Dios quiere hacer en nuestras vidas.

Dios quiere producir Su justicia en ti para que puedas vivir una vida correcta ante Sus ojos. Enojarse con Su Palabra será un estorbo para que esto suceda. Por eso es imperativo que tengamos una actitud dócil, de disposición a la enseñanza siempre que escuchemos la predicación de la Palabra de Dios.

Purifica tu corazón (v.21a)

El mandamiento principal en el versículo 21 es "recibir la palabra". Pero según Santiago, antes de que puedas recibir la palabra, primero debes deshacerte del pecado en tu vida. El cuadro que pintó Santiago es el de quitarse un traje sucio. Esta fue una de las analogías favoritas de Pablo para describir el proceso de santificación. En Efesios 4:22 y 31, Pablo dijo: "Por ello, quítense, como si se tratara de ropa vieja, su naturaleza tan corrompida por los malos deseos... Arrojen de ustedes la amargura, el enojo, la ira, los gritos, las calumnias y todo tipo de maldad" [NBV]. Él dijo lo mismo en Colosenses 3:8, "Pero ha llegado el momento de arrojar de ustedes la ira, el enojo, la malicia, los insultos y las malas palabras" [NBV]. De manera similar, Pedro escribió: "Por lo tanto, dejen de hacer toda clase de mal, todo engaño, hipocresía, envidias y chismes. Como niños recién nacidos busquen con ansias la leche pura de la palabra. Así, por medio de ella crecerán en su salvación" (1 Pedro 2:1-2 NBV).

Mientras que Pablo y Pedro enumeraron pecados específicos que debían combatirse para estar abiertos y receptivos a la Palabra de Dios, Santiago se refirió al pecado genéricamente como "inmundicia". Este era un término médico para la serosidad de los oídos. Tener pecado en tu vida es como tener cera en tus oídos, lo que te impide escuchar lo que Dios quiere decirte. Santiago ordenó a sus lectores que se deshicieran del pecado que quedaba en su corazón. Para que podamos recibir la Palabra de Dios, debemos estar limpiando constantemente el pecado de nuestro corazón. La pureza es un requisito previo para la receptividad.

Humíllate ante la Palabra (v.21b)

En lugar de responder con enojo a la Palabra de Dios (v.19), Santiago les dijo a sus lectores que recibieran la Palabra "con mansedumbre". Esto se refiere a una actitud humilde y sumisa que hace que dejes de lado tus propias preferencias y opiniones en lugar de resistirte obstinadamente a someter tu voluntad a la Palabra de Dios. La receptividad a la Palabra de Dios comienza con una humilde sumisión a la autoridad de la Palabra de Dios.

Dios le dijo a Isaías: ***"Bendeciré a los que tienen un corazón humilde y arrepentido, a los que tiemblan ante mi palabra."*** (Isaías 66:2 NTV).

Así describió Jeremiah Burroughs la sumisión a su congregación:

Tener una congregación que se postre bajo la Palabra de Dios que se les predica sería algo excelente... Dios espera que ustedes sometan sus prioridades, sus propiedades, sus almas, sus cuerpos, todo que eres y tienes, a esta Palabra. En eso consiste santificar el nombre de Dios, en que al escuchar la Palabra, procedamos en humilde sumisión a ella.

No hay nada mejor para el alma que postrarse bajo la Palabra; dejar a un lado el orgullo y cualquier rebelión y dejar que el cirujano de las Escrituras trabaje como quiera (Heb.4:12). John Stott escribe: *"Un elemento esencial en la humildad cristiana es la voluntad de escuchar y recibir la Palabra de Dios. Quizás la mayor de todas nuestras necesidades es asumir de nueva cuenta nuestro lugar, con humildad, mansedumbre y expectación a los pies de Jesucristo, con el fin de escuchar atentamente su Palabra"*. María sirve como modelo de alguien que se sienta a los pies de Jesús en silencio, mansedumbre y sumisión *"escuchando su palabra"* (Lucas 10:39). Siempre que escuches la predicación de la Palabra de Dios, debes tener el mismo corazón humilde y sumiso que el joven Samuel, quien, cuando escuchó que Dios llamaba su nombre, respondió: *"Habla, SEÑOR, que tu siervo escucha"* (1 Sam.3:9).

Darle hospitalidad a la Palabra (v. 21c)

Ser hospitalario significa dar la bienvenida cálida y generosamente a un invitado o ser amigable con alguien. Santiago alentó a sus lectores a recibir la verdad de la Palabra de Dios con los brazos abiertos. En otras palabras, no debemos resistirla, contradecirla o atacarla, sino simplemente acatarla, recibirla con cordialidad. Una vez más, los tesalonicenses y los bereanos sirven como ejemplos estelares de quienes reciben con hospitalidad la palabra de Dios (1 Tesalonicenses 2:13, Hechos 17:11).

Santiago dijo que cuando le damos la bienvenida a la Palabra en nuestros corazones, es como una semilla que echa raíces y comienza a crecer. Cuanto más leemos la Palabra de Dios, meditamos en la Palabra de Dios y nos sometemos a la predicación de la Palabra de Dios, será cuando más florezca nuestra vida espiritual y más fructíferos cristiano seremos.

Conozca la importancia de la palabra (v.21d)

Santiago afirmó lo que en realidad se enseña a lo largo de toda la Biblia, que las Escrituras son lo que Dios usa para salvar nuestra alma (2 Tim.3:15-17; 1Ped.1:23). Pablo dijo: "Dios, en su sabiduría, se aseguró de que el mundo nunca lo conociera por medio de la sabiduría humana, usó nuestra predicación «ridícula» para salvar a los que creen" (1Cor.1:21 NTV). De su propio ministerio de predicación, Pablo dijo: "*Nuestras vidas son la fragancia de Cristo que sube hasta Dios, pero esta fragancia se percibe de una manera diferente por los que se salvan y los que se pierden. Para los que se pierden, somos un espantoso olor de muerte y condenación, pero para aquellos que se salvan, somos un perfume que da vida. ¿Y quién es la persona adecuada para semejante tarea?*" (2 Corintios 2: 15-16). Cuando Pablo consideró que el destino eterno de las almas de sus oyentes estaba en juego cada vez que predicaba, se sintió abrumado por su propia insuficiencia y la gravedad de su tarea.

En su excelente libro *La supremacía de Dios en la predicación*, John Piper relata cómo este versículo lo impacta mientras se prepara para predicar:

Te despiertas el domingo por la mañana y puedes oler el humo del infierno por un lado y sentir la fresca brisa del cielo por el otro - Vas a tu estudio y miras tu sencillo manuscrito, y te arrodillas y gritas: "¡Dios, esto es tan insuficiente! ¿Quién me creo que soy? ¡Qué atrevimiento el pensar que en tres horas mis palabras serán - olor de muerte para muerte y fragancia de vida para vida! ¡Pero es Dios quien es poderoso para hacer estas cosas!"

Si la importancia de la Palabra de Dios estremece al predicador de esta manera, ¿cuánto más debe estremecer al oyente? Cuando te das cuenta de que el destino eterno de tu alma está en juego cada vez que escuchas la Palabra predicada, responderás a la Palabra de Dios con gran reverencia y atención. Richard Baxter escribió:

Recuerda que este Dios te está instruyendo, advirtiéndote y operando en tu alma nada más y nada menos que tu salvación - Ven, pues, a oír preocupado por tu salvación. ¿Podrá tu corazón mostrarse aburrido o apático si consideras seriamente que es del cielo y del infierno de lo que está ocupándose Dios en tu vida?

Entender la seriedad de la palabra de Dios es esencial para mantenernos atentos y receptivos a ella. Entonces, ser receptivo a la Palabra de Dios requiere recibirla con un corazón enseñable, puro, humilde, hospitalario y sobrio. ¿Describe esto tu corazón y la actitud con la que escuchas la Palabra de Dios? Jay Adams escribe:

“Cristiano, ¿Escuchas la predicación con un corazón abierto a la verdad? ¿Te presentas con un corazón abierto e indefenso ante las estocadas de la espada del Espíritu? ¿O es tu corazón duro e impenetrable a sus enseñanzas? ¿Te has aferrado tanto a tu pecado que tu conciencia rara vez, si es que alguna vez lo hace, te acusa de ciertos pecados? ...Es hora de abrir esos compartimentos del corazón que has bloqueado con tanta necedad. Desiste de tu obstinación y ríndete a la predicación de la Palabra. Escucha con la determinación de escuchar, comprender, aplicar y obedecer. Hasta que no hagas esto, la predicación prácticamente será un desperdicio en tu vida”

ESCUCHAR ES OBEDECER

Una respuesta adecuada a la Palabra de Dios comienza con tener un corazón abierto y receptivo. Pero no es suficiente aceptar la Palabra con humildad y alegría. Debemos actuar en consecuencia. Debes reaccionar a la Palabra de Dios.

Una reacción química ocurre cuando los componentes químicos sufren un cambio. Quizá recuerdes los experimentos de química de la escuela secundaria, cuando el tubo de ensayo hierve después de mezclar dos sustancias químicas – Pues así mismo, cuando escuchas y recibes la Palabra de Dios, esta debiera provocar algún tipo de reacción. Debería producir algún tipo de cambio en ti.

Existe una relación inseparable en la Biblia entre escuchar y obedecer. A lo largo de la Escritura, escuchar se equipara con obedecer. En muchos pasajes, se establece claramente una conexión directa entre escuchar y obedecer (Éxodo 15:26; Deuteronomio 6:3-5; Lucas 6:47; 8:21; 11:28).

Escuchar y obedecer son como las dos caras de una misma moneda. Son términos sinónimos. De hecho, existe un vínculo léxico directo entre las palabras "escuchar" y "obedecer" tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La palabra del Antiguo Testamento para "escuchar" es "samma". Esta es la misma palabra hebrea que se usa para "obedecer" - no hay una palabra separada para "obedecer" en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento, la palabra griega para "oír" es "akuo" – mientras que la palabra para "obedecer", es "hupakuo" que literalmente significa "escuchar debajo" (en sometimiento), es un derivado de la palabra para "escuchar". La implicación es que, en la mente de Dios, oír y obedecer son lo mismo.

AMAR ES OBEDECER

Las Escrituras también establecen una conexión directa entre escuchar/obedecer y amar. La principal motivación para escuchar y obedecer la Palabra de Dios es el amor a Dios. Al re-predicar la ley a la nueva generación de israelitas a punto de entrar en la Tierra Prometida, Moisés declaró: ***“Por tanto, oh Israel, escucha atentamente cada mandato y ponlo por obra para que te vaya bien a ti y a tus hijos. Si obedeces estos mandamientos llegarás a ser una gran nación en la tierra gloriosa de la que fluye leche y miel, según la promesa de Dios a tus padres. »Oye Israel: el SEÑOR nuestro Dios es nuestro único SEÑOR.***

Ámalo con toda tu capacidad mental, con todo lo que eres y con todo lo que vales. Debes pensar constantemente en estos mandamientos que te doy en este día (Deuteronomio 6: 3-6 NBV)

El salmista exclamó exuberantemente: “Verdaderamente amo tus mandamientos más que el oro finísimo” (119:127). En su discurso de despedida a sus discípulos, Jesús dijo: "Si me amas, guardarás mis mandamientos" (Juan 14:15). En pocas palabras, ***debes escuchar a Dios porque lo amas***. Cuando realmente amas a alguien, anhelas complacerlo escuchando con atención lo que desea y luego haciéndolo con diligencia. Es lo mismo con Dios. Por eso, Dietrich Bonhoeffer dijo en su obra clásica “Vida en comunidad”, que "El amor a Dios comienza con escuchar su Palabra".

La obediencia a la Palabra de Dios es una de las mejores pruebas de que una persona conoce y ama genuinamente a Cristo como su Señor y Salvador personal. El apóstol Juan escribió: "***¿Cómo podemos saber que conocemos a Dios? Si obedecemos sus mandamientos. Si alguno dice: «Yo conozco a Dios», pero no obedece sus mandamientos, miente y no dice la verdad. En cambio, el amor a Dios se demuestra cuando obedecemos lo que él manda. Así estamos seguros de que estamos unidos a Dios***" (1 Juan 2:3-5 NBV).

En su comentario sobre Santiago, John MacArthur escribe lo siguiente: “*Si una profesión de fe en Cristo no resulta en una vida cambiada que tiene hambre y sed de la Palabra de Dios y un deseo de obedecer esa Palabra, la profesión es solo eso: una mera profesión. Satanás, por supuesto, ama tales profesiones, porque les dan a los miembros de la iglesia la noción condenatoria de que son salvos cuando en realidad no lo son. Todavía le pertenecen a Él, no a Dios*”

Así es; muchas personas están engañadas. Eso es precisamente lo que Santiago estaba tratando de ayudar a evitar en la vida de sus lectores cuando les escribió diciendo: "***Pongan en práctica la palabra y no se limiten a sólo escucharla pues de otra manera se engañan ustedes mismos.***" (1:22 NBV). Esta breve declaración resume todo el libro de Santiago.

Santiago desafiaba a sus lectores a que examinaran sus vidas para asegurarse de que no se dejaron llevar a pensar que eran cristianos cuando en realidad no lo eran. Es por eso que Santiago exhortó a sus lectores a ser el tipo de personas que tienen el hábito de **obedecer** la Palabra de Dios y no solo escucharla. Escuchar a Dios no es suficiente. Debes hacer lo que Él dice.

Los griegos usaban la palabra “oyente” para describir a alguien que asistía a una conferencia pero que no era discípulo del conferenciante. En nuestros días, esto equivaldría a que alguien escuchara una clase o conferencia sin compromiso alguno. Esas eran mis clases favoritas en la universidad porque eran muy fáciles. Podías ir a clase y escribir toda la información, pero no tenías que hacer ninguna tarea ni hacer ningún examen. Creo que algunas personas asisten a la iglesia todos los domingos como mero oyentes de una clase. Toman notas sobre el sermón y le dicen al predicador que fue un buen sermón al salir, pero nunca hacen nada con lo que aprenden después de salir de la iglesia. Lo que no se dan cuenta es que el sermón comienza realmente después de que termina. Joel Beeke escribe: *"Un sermón no termina cuando el ministro dice 'Amén'. Más bien es entonces cuando comienza el verdadero sermón. En una vieja historia escocesa, una esposa le preguntó a su esposo si el sermón había concluido - No, respondió él - Se predicó, pero aún no se practica"*

LA PALABRA EN EL ESPEJO

Uno de los mayores cumplidos que he recibido fue cuando alguien me dijo: "Pastor, puedo decir que realmente usted espera que hagamos lo que dice la Biblia". Esa expectativa nace de la convicción de que Dios no nos dio la Biblia para simplemente analizarla y discutir su significado. Conocer el significado de un pasaje es solo la mitad del proceso de estudio de la Biblia. La otra mitad está aplicando ese significado a nuestras vidas. El trabajo de un predicador es explicar lo que significa un pasaje y luego exhortar a sus oyentes a aplicarlo en sus vidas. Se cuenta la historia de un predicador que asumió los deberes del púlpito en una nueva iglesia y procedió a predicar el mismo sermón varias semanas seguidas.

Por lo general, algunos de los miembros de la iglesia se frustraban y le preguntaban por qué seguía predicando exactamente el mismo sermón todos los domingos. Simplemente respondió. "Cuando empieces a vivir ese, predicaré entonces otro sermón"

Si eres honesto, debes admitir que sabe mucho más de lo que en realidad pones en práctica. Si a partir de ahora nunca escucharas otro sermón, tendrías de por sí suficiente verdad bíblica para tratar de aplicarla por el resto de tu vida. Puedes sentirte espiritualmente satisfecho por el hecho de que te congregas todos los domingos, o por hacer un devocional todos los días, y por participar del estudio bíblico todas las semanas. Pero si no está aplicando lo que estás leyendo y escuchando, entonces solo te estás engañando a ti mismo. Estás olvidando el objetivo de mirar en la Palabra de Dios en primer lugar.

Santiago comparó la Palabra de Dios con un espejo. El propósito de un espejo es mostrarnos cómo nos vemos en realidad para que podamos ver lo que necesita ser reparado, enderezado o cambiado. Es posible que deba cambiarse de ropa, peinarse, afeitarse, maquillarse, etc. Qué tonto sería que alguien se mirara en el espejo y viese todas las cosas que necesita mejorar y luego simplemente se encogiera de hombros y se marchara sin hacer nada con lo que vió, y peor aún, si hasta se olvida de cómo se veía. Sin embargo, eso es exactamente lo que haces cada vez que dejas de leer tu Biblia o de escuchar la predicación, y cuando terminamos sin hacer nada con lo que leemos o escuchamos de la palabra de Dios. Esto es lo que Santiago llamó un "oyente olvidadizo" (1:25).

Esta no solo es una actitud tonta hacia a la Palabra de Dios, sino que también es peligrosa. Cuando una persona está constantemente expuesta a la Palabra de Dios, pero no responde adecuadamente a la verdad que escucha, se arriesga a perder la verdad que ya ha recibido (Mat.13:10-13). Si no planeamos aplicar lo que leemos, no perdamos el tiempo leyendo la Biblia. Si no planeas actuar de acuerdo con lo que escuchas en la iglesia, no pierdas el tiempo yendo.

No solo se está perdiendo el tiempo, sino que, lo que es más importante, se está acarreando juicio sobre uno mismo por descuidar así la Palabra de Dios. Cada vez que escuchamos la predicación de la Palabra de Dios, nos estamos entrenando ya sea para obedecer o para desobedecer a Dios. Lo más aterrador de escuchar la palabra de Dios sin obedecerla es que tu corazón eventualmente se endurecerá.

Se ha dicho que el mismo sol que derrite la mantequilla es el que endurece la arcilla. No hay terreno neutral para la Palabra de Dios - Cada vez que te expones a él, su palabra o te ablanda o te endurece.

Es por eso que debes ser lo que Santiago llamó un "**hacedor eficaz**" (1:25 BLA), alguien que es diligente para encontrar formas y medios para aplicar lo que oye. No te dejes engañar pensando que un sermón ha terminado cuando el predicador termina con una oración. Recuerda, ahí es cuando comienza el verdadero trabajo. Debes mirar atentamente la Palabra de Dios y examinar cuidadosamente aquellas áreas de tu vida que han demostrado que necesitan cambiar.

Como un espejo, la Palabra de Dios nunca miente. Siempre dice la verdad. Es brutalmente honesta y, a veces, no te gustará lo que te muestre sobre ti. Sin embargo, debes estar agradecido por "**la perfecta ley de la libertad**" (v.25) que te libera de la esclavitud del pecado y te permite cambiar y crecer a la imagen de Jesucristo. Y cuando eres obediente a la Palabra de Dios, Él promete derramar Su bendición sobre tu vida. Dios animó a Josué con estas palabras: "**Este libro de la ley no se apartará de tu boca, sino que meditarás en él día y noche, para que cuides de hacer todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino y tendrás éxito**" (Jos. 1:8 BLA) Los Salmos comienzan con esta promesa: "**¡Cuán bienaventurado es el hombre que no anda en el consejo de los impíos, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se sienta en la silla de los escarnecedores, sino que en la ley del SEÑOR está su deleite, y en su ley medita de día y de noche! Será como árbol firmemente plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto a su tiempo, y su hoja no se marchita; en todo lo que hace, prospera**" (Salmo 1:1-3 BLA)

Jesús dijo: “*dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan*” (Lucas 11:28). También dijo: “*Si sabéis esto, seréis felices si lo practicáis*” (Juan 13:17).

Estos versículos afirman el principio más elemental de la Palabra de Dios. La conclusión de la Biblia es esta: Si obedeces a Dios, Él te bendecirá, pero si desobedeces a Dios, Él te maldecirá. ¿Cuál de estos escenarios preferirías? ¿Ser bendecido o maldecido? Todo depende de cuán cuidadoso seas en obedecer lo que Dios ha dicho en Su Palabra, no solo algo de lo que Él dijo, o incluso la mayor parte de lo que Él dijo, sino todo lo que Él dijo.

Dios es honrado cuando nuestra vida se alinea completamente con Su Palabra y Su Palabra se vive prácticamente en nuestra vida (Tito 2:5, 8, 10). Nuestra vida traerá honra a Dios y Su Palabra, o será motivo de deshonor y condenación. Nada trae mayor reproche de parte de Dios y Su Palabra que cuando los que profesan ser cristianos no viven de acuerdo con los principios de la Palabra de Dios. Hace que la gente concluya, “*Si eso es lo que resulta de ir a la iglesia y escuchar todos esos sermones de la Biblia y yendo a todos esos estudios bíblicos y leyendo la Biblia todos los días, entonces no quiero tener nada que ver con la Biblia*”. Pero cuando otros perciben que escuchar y poner en práctica la predicación bíblica ha tenido un efecto transformador en tu vida, eso despertará su interés y te dará la oportunidad de compartir con ellos la verdad de la Palabra de Dios y cómo ellos también pueden honrar a Dios con su vida (Mat.5:16; 1Ped.2:12). De esta forma, los buenos oyentes se multiplican - tal como la semilla de la Palabra da una abundante cosecha.

El darnos cuenta de que la reputación de Dios y Su Palabra están en juego debería proporcionarnos todos los incentivos que necesitamos para escuchar con atención y vivir cada sermón que escuchemos, de modo que nuestra vida refleje con precisión lo que enseña la Biblia.

En la conclusión de un sermón del domingo por la mañana sobre "Santificar el nombre de Dios al escuchar la Palabra", el pastor puritano Jeremiah Burroughs dio esta conmovedora exhortación a su congregación:

Les suplico, hermanos, en el nombre de Jesucristo esta mañana, que ustedes que son odores de la Palabra glorifiquen la Palabra y glorifiquen el nombre de Dios en la Palabra. ¡Oh, que ninguno de ustedes sea una vergüenza o un insulto para la Palabra de Dios! ...Más bien debería pensar así: Sería mejor para mí que yo muriera, y fuera sepultado bajo tierra y me pudra allí, antes que dar ocasión o motivo de que la Palabra de Dios sea deshonrada por mi culpa... Si alguna vez has obtenido algo bueno de la Palabra, debes alejarte con esta resolución: "Trabajaré todos los días de mi vida para honrar esta Palabra de Dios de la que tanto he sido beneficiado". Si tan solo esta fuera la resolución de cada mañana, esta mañana habrá sido una bendición.

Si esta fuera la resolución del corazón de todos después de leer este libro, lo consideraría un trabajo bendecido.

PARA ESTUDIO O DISCUSIÓN

1. ¿Cuáles son algunas verdades bíblicas que ya conoces pero que no estás poniendo en práctica en tu vida? ¿Cuál es la verdad más importante que debes poner en práctica ahora mismo?
2. Lee Juan 14:15; 15:14; 1 Juan 2:3-5 ¿Cuál es la mayor prueba de la autenticidad de la salvación de una persona? ¿Qué prueba hay en tu vida que realmente conoces y amas a Dios?
3. Al mirar en el espejo de la Palabra de Dios en este capítulo, ¿En qué áreas te das cuenta de que necesitas cambiar? ¿Qué debes hacer para cambiar? ¿Cuál es el primer paso que debes dar? ¿Cuándo y por dónde empezarás?

Ruega a Dios que te convierta en un hacedor eficaz de su palabra; que seas diligente en encontrar formas prácticas de aplicar Su Palabra en las áreas de tu vida en las que urge un cambio y suplica que derrame su poder y bendición en tu vida.